

Alfredo Agosti

Poco ó Nada

Versos



Imprenta Artística José Blass y Cía., San Mateo, 1
MADRID - MCMXII

6 DGCL
A

POCO Ó NADA

VERSOS

+ 166858

C. 1214585

ALFREDO AGOSTI

POCO Ó NADA

VERSOS



Imprenta Artística José Blass y Cía., San Mateo, 1
MADRID - MCMXII

ALFREDO A. GARCÍA

POCO O NADA

ES PROPIEDAD

Derechos reservados.





UNAS PALABRAS...

Las poesías contenidas en este volumen salen á la luz pública después de haber sostenido pertinaz lucha la excesiva modestia de su autor y el deseo de conocer si encierran algún valor artístico, al juicio sereno de la crítica.

Son producto del trabajo del hombre culto que, llevado de sus aficiones á la belleza, estampó, en ocasiones varias y en diferentes épocas, los afectos de su alma impresionada, como la de todo humano sér, por los accidentes de la vida. Reflejan el sentir de un modo sincero, sin artificio que simboliza ni falsía que ofusque.

No busque el lector composiciones de pretendidos vuelos. Los grandes poemas son hijos de grandes poetas, que hallan las glorias

del genio como premio á sus sublimes concepciones. Encontrará, en cambio, el que leyere, bellezas asequibles á su natural sentimiento, sencillez en la expresión y verdad en el fondo.

En medio de la ritma libre, en que el autor muestra verdadero dominio, se observa una tendencia muy encariñada con el escéptico vivir del desengaño y la amarga afección del desaliento.

Una melancolía simpática hay en los versos que ocupan estas páginas. Y es que la obra poética surge á manera de rauda fuente; brota á torrentes y á torrentes se desborda cuando en el canto del poeta existe un manantial de tristezas comprimidas, que no es dado contener, si la inspiración acude y estimula los desahogos del corazón.

POCO Ó NADA, coleccionado en un arranque de buen sentido, puede proporcionar ameno recreo, aun al más alejado de la forma poética; facilitar una ocasión propicia al familiarizado con estas labores artísticas, de apreciar su mérito y dejar campo libre á la crítica para acoger con benévola atención al que sólo por entusiasmo literario busca la publicidad de sus versos.

Y además de estos efectos, aun producirá

el más plausible de todos: el de contribuir á propagar la forma literaria, más agradable, más espiritual, más sentida y más completa que tiene toda obra producto del Arte.

El que así rinde tributo á la poesía, pone su grano de trigo en el campo, poco fecundo, de nuestra cultura nacional.

Sólo por tan generoso motivo — si no invoca otros títulos demostrados en las diferentes composiciones de este libro — es digna de aplauso la empresa realizada.

Vaya, pues, nuestra alabanza la primera para aquel á quien nos unen lazos de casi fraternal cariño, aunque por ello pueda creerse apasionada y servil.

Dejemos á un lado todo otro proemio é invitamos al lector á que agote las páginas. No perderá el tiempo, y encontrará en ellas algo que se asemeje á sus subjetivos sentimientos por el Arte, identificándose así con los propios del autor.

N. M. A.

Ante el castillo de Ponferrada





NOCTURNO



Era por Julio; terminaba el día.
Con paso perezoso, del trabajo
los labradores á su hogar tornaban
cansados del trajín que hora tras hora
tuvieran todo el día, recogiendo
la mies dorada, que hacinada dejan,
redondeadas pirámides formando,
para después, con el ardor de siempre,
comenzar las faenas del desgrane,
del triturar la amarillenta paja
y del polvo aventar, para en su día
limpio guardar el sazonado fruto.

Sonaba la oración. La hermosa villa
donde se abrieron á la luz mis ojos
por la primera vez, no menos bella
con la luz del crepúsculo se hallaba,
que cuando el sol en el cenit luciendo

iluminara sus encantos todos;
sus cármenes tan bellos y floridos,
sus vegas dilatadas y frondosas,
sus montañas, las unas tapizadas
de perenne verdor, que hacen contraste
con otras escarpadas, cuyas cimas,
altísimas y agrestes, siempre cubren
ó bien las nieves con su blanco manto
ó bien las nieblas con su densa bruma;
los dos ríos caudales que la riegan,
que anchas cintas semejan de esmeralda
y que por cauces peñascosos corren
con rapidez vertiginosa á unirse
de ella á un extremo en clamoreo continuo,
que repiten los montes y los valles;
su vetusto castillo, abandonado,
objeto entonces de mis sueños todos,
del que las plantas trepadoras cubren
casi al completo los grietados muros,
y cuyo suelo en libertad alfombran
jaramagos y helechos; donde sólo
puede escucharse el rebramar del viento
y el plañidero grito de las aves,
amantes de la noche y de las ruinas.

Castillo, que recuerda del Templario
la antigua institución, como ninguna
en esplendores, en grandezas rica

y de inmenso poder, que al fin en humo
ambiciones de Papas y Monarcas
hicieron convertir; que me recuerda
la edad aquella borrascosa y ruda
de revueltas y luchas continuadas,
que si atesora inmarcesible gloria,
tinta está en sangre, que el humano encono
hiciera derramar en mil combates.
Castillo por el tiempo derruido
y por el hombre, que á su vez le ayuda
con el rudo golpear de la piqueta
á hacer escombros sus cuarteados muros,
arrastrado por torpes egoísmos
ó de afán destructor, que nadie explica.

Y más bella, más bella aparecía:
porque siempre la hora del crepúsculo,
lo mismo el que denuncia la mañana
como el que empieza á declinar la tarde,
de misterio y amor lo llenan todo;
de las cosas agrandan la belleza;
que si al uno lo viste el sol naciente
con ropaje de luz esplendorosa,
pareciendo que en él ruidosa vibra
la risa de los ángeles, al otro,
que parece refleja de los mismos
la dulce vaguedad de los ensueños,
viste también con tenues resplandores.

de vacilante luz, hasta que, lento,
majestuoso y espléndido, se eleva
sobre un nuevo horizonte á quien colora
y despierta con besos de su lumbre.

Porque nada enamora ni cautiva
cual lo vago, lo incierto y misterioso;
viva mantienen la esperanza nuestra
y creciente tensión dan al deseo:
mirad á una mujer, vedla de forma
que las curvas y gracias de su cuerpo
adivinar se dejen, y la mente
más que ella sea la creará de hermosa,
la seguirán tenaces vuestros ojos
y con ansia mayor, que á la que muestre
por completo su encanto y hermosura.

Avanzaba la noche; los rumores
nacidos de los ríos solamente
se dejaban oír, ya lastimeros,
como expresión de inacabable pena,
ya amenazantes y rugiendo sordos,
cual protestando de un luchar continuo
con los mismos obstáculos de siempre
en cauce estrecho las inquietas aguas
de esos dos ríos, que al chocar se espuman
y hace que aumenten su veloz carrera
hasta que llegan con el mar á unirse.

La luna apareció; tenues celajes

velaban su brillar pálido y frío;
azul y obscuro el cielo, el horizonte
formaba caprichoso acantilado
de aglomeradas, blanquecinas nubes;
la llanura, desierta y en silencio;
los montes y los valles, en las sombras
que aquéllos proyectaban, y el castillo
famoso del Templario aparecía
casi desvanecido por la débil,
ligera vaguedad de la penumbra.

Yo contemplaba cerca de él, absorto,
tan hermoso paisaje, al que la luna
daba tonos de magia y de tristeza;
aquella soledad, aquel misterio
que en torno me rodeaban, el castillo,
las consejas que de él oí en mi infancia
referir en las noches invernales,
con miedo á veces y anheloso siempre
por saber el misterio que encerrado
estar debiera en sus vetustos muros;
el rumor continuado de los ríos,
del valle lo sombrío, de los montes
las gigantescas sombras, coronadas
por la luz melancólica del astro
rey de la noche, y hasta aquella hora,
propia de las fantásticas ideas,
hicieron á mi mente transportarse

á muy lejana edad; de mi memoria se borró por completo del presente la más leve noción, y de mí mismo quedé como olvidado, sin que al sueño mis sentidos ni un punto se rindieran.

Y así abstraído, obsesionado, pronto por mares de ficción la mente mía arrastrarse dejó plácida y suave, cual sobre mar sereno y bonancible, impulsada por brisa halagadora, nave ligera deslizarse deja.

Cual si por él el paso de los siglos no dejara señal ni rastro alguno, ese castillo convertido en ruinas de pronto ante mi vista aparecióse todo él completo, majestuoso, erguido, como fuera en un tiempo ya lejano; con sus cubos, sus muros y almenaje, su puente elevadizo y ancho foso, sus matacanes y pesadas puertas, sus ventanas y grandes torreones, y en uno, en el más alto, tremolando de combate el pendón de los Templarios.

Todo me parecía que á la vida tornaba en él, porque hasta mí llegaban el ruido de las armas que atemora,

el inquieto piafar de los corceles
que la salida próxima olfatean;
voces de mando que el luchar anuncian;
el metálico son de los clarines
que el viento rasga con vibrantes notas
y el ánimo electriza y enardece
del que sueña con días de combate;
del centinela, que el espacio abarca
con su mirar escrutador y fiero,
que las negruras de la noche avivan,
la preventiva voz diciendo ¡alerta!,
que otros repiten en el mismo tono,
como si fuera solamente un eco,
que luego se prolonga, se prolonga
en descenso gradual, hasta perderse
en los senos de ignotas lejanías;
el chirriar que producen las cadenas
al levantar el férreo rastrillo,
y el ruido que se escucha cuando el puente
tendido cae sobre el mural del foso.

Todo claro lo oí, todo á mi vista
se presentó como verdad viviente:
tan grande era el poder de aquel encanto,
tal la obsesión de todos mis sentidos.

Del castillo bailial de Ponferrada,
saliendo por el puente elevadizo,
cubiertos de bruñidas armaduras,

preparadas las armas de combate,
por guía llevando su pendón de guerra,
en su pecho la cruz y en Dios la mente,
van los Templarios en silencio, erguidos,
jinetes en sus bélicos corceles.

¿Adónde van? ¿Quizá nueva Cruzada
los llama á combatir cual otros días?

¿Papal poder, algún imperio acaso
necesitan su ayuda poderosa,
por creerse, tal vez, amenazados
de otros nuevos poderes que quisieran
por completo anular, sin importarles
que su tiempo pasara y que los pueblos,
á tenor de la marcha de los siglos,
nuevo vigor y savia necesitan,
si es que al progreso su mirar dirigen?

¿Y los llaman, los llaman para juntos
hacer frente á esos nuevos poderíos?

¡Los llaman, sí, mas sólo á que respondan
á cargos que hacinaron contra ellos! . . .

¿Eran justos? ¡Quién sabe! ¿Ó hijos eran
de ambiciones de Papas y Monarcas?

¡Quién puede contestar! . . .

¡Estos quisieron
ser solos en poder, ser absolutos,
ver enfrente de sí tan sólo esclavos. . . ;
por conseguirlo combatieron siempre
al feudal señorío, no entendiendo

que era el firme cimiento de sus tronos! . . .

¡Y el feudalismo terminó sus días! . . .

Y los tronos quedaron vacilantes
en manos de bufones y validos,
y siendo, para mengua, muchas veces
juguetes de viciosas cortesanas.

Hoy los tronos no son: es el Estado.

Y ya para anularlo, enfurecidas,
con salvaje sentir, las muchedumbres
se agitan sin cesar, protestan, quieren
que toda autoridad desaparezca,
que la actual sociedad salte en añicos
y que otra surja, donde viva el hombre
como viviera en los primeros días.

¿Y lograrán vencer? Ruda es la lucha,
mas utópicos son tales anhelos;
los primitivos tiempos ya pasaron
y es retroceso pretender que vuelvan.

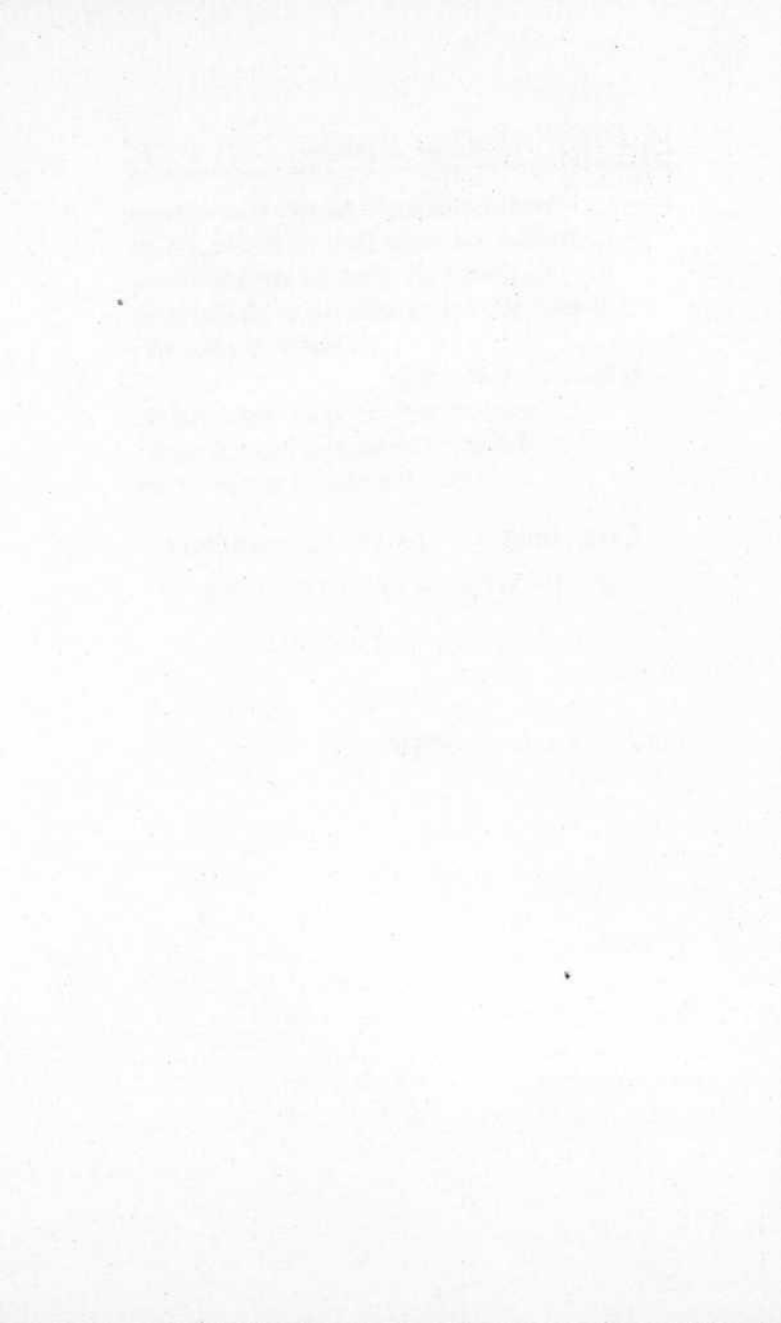
Las sombras de la noche se despiden;
el color sonrosado de la aurora
comienza á iluminar el horizonte;
la villa en que nací vuelve á la vida;
de sus valles, montañas y riberas
las bellezas se muestran por completo;
ya suenan las campanas de sus torres
con notas de esperanza y alegría;
ya no es triste el murmullo de los ríos;
ya el castillo bailial, abandonado,

vuelvo yo á ver en afrentosa ruina;
ya no alienta la vida entre sus muros;
ya no ostenta su torre de homenaje
de combate el pendón de los Templarios.
¡Ya todo terminó! . . .

¡De éstos, ni huellas
de sus pasos dejaron los corceles! . . .
Para siempre quedaron sepultados
en la región helada del olvido.



**Con motivo de la coronación
de la Virgen de la Encina,
patrona del Bierzo**





SOBRIA

Yo sé bien que los pueblos, á veces,
pensando en lo eterno,
á los cielos dirigen sus ojos
y conocen de Dios el imperio;
pero sé que los cielos responden
tan sólo á los pueblos
que han sabido cumplir sus deberes
y han sabido ejercer sus derechos.

Quien de estrellas sembró los espacios,
le dió voz al trueno,
al relámpago luces fugaces
y á los soles sus rayos de fuego;
quien dió leyes á todos los astros,
llenó el Universo
de millones de seres, y al hombre
dió el pensar y el poder de los genios,

la oración de los pueblos escucha,
atiende á sus ruegos
si á ficciones no deben su origen,
si de amor y verdad son reflejo:
que oración sin virtud sólo nace
de hipócritas pechos,
y á los cielos jamás llegar pueden
de oraciones mentidas los ecos.

Yo no dudo que el pueblo berciano
de todos los tiempos,
en virtud y en trabajo no sea
el más noble y hermoso modelo;
yo no temo, por tanto, que caiga,
que caiga su ruego
en el triste lugar del olvido,
en la helada región del silencio.

Hoy con oro, con piedras preciosas
corona ese pueblo
á María, la bella escogida
para Madre divina del Verbo;
no con piedras preciosas ni oro
debiera de hacerlo:
son las flores emblema más puro
y más propio á virgíneos cabellos.

Que entre arenas el oro se arrastra,
se oculta en el cieno,
cual temiendo caer en las manos
del que es vil y traidor y soberbio;
y las flores son vida expansiva,
se ofrecen sin miedo,
cara al sol, á la luz, cual se ofrecen
el sentir y el obrar de los buenos.

Que por algo aquel Dios hecho hombre,
el mártir eterno,
la sencilla humildad predicaba
al decir con amor «padre nuestro»;
condenaba las muchas lacerias
de aquellos imperios,
que con oro á sus dioses callaban
y encubrían sus vicios horrendos.

Paso, pues, á lo noble, lo grande,
á todo lo excelso;
que ya aparte sus ojos el hombre
de quien sólo merezca desprecio;
que del Cristo otra vez se perciba
el mágico acento,
y haga ver la lujosa miseria
que hoy carcome á los nuevos imperios.

Yo sé bien que los pueblos, á veces,
pensando en lo eterno,
á los cielos dirigen sus ojos
y conocen de Dios el imperio;
pero sé que los cielos responden
tan sólo á los pueblos
que han sabido cumplir sus deberes
y han sabido ejercer sus derechos.



Amor sin palabras



AMOR SIN PALABRAS

¡Cuánto te amaba yo!...; ¡cuánto te amaba...
y tú también á mí!...; es imposible
que expresen mis palabras lo que entonces,
y sin decirlo, por igual sentimos.

Dueño era yo del pensamiento tuyo;
tuyo era el mío sin reserva alguna,
que estando ó no delante uno del otro,
cuanto pensaran de los dos las almas
á saberlo llegábamos fielmente
sin escribir, ni desplegar los labios
y sin temor de equivocarnos nunca.

¡Hablar! ¿Y para qué?... ¿Cuál es la frase
que en su valor expresa lo infinito?
Nuestro amor era así... ¡Decirlo! ¿Cómo,
que pequeño á los dos no pareciera?
Inmenso como fué, guardar silencio,
para sentirlo más, fué necesario.

Amor callado fué, coloquios mudos
los nuestros fueron, y sólo nuestros ojos
la adoración perenne reflejando,
decían mucho más que decir puede
humano labio en libertad completa
con el vano oropel de las palabras,
aun pronunciadas con sonoro ritmo.

¡Cuánto te amaba yo! . . . Yo te veía
en todos los momentos, dondequiera:
en el cielo, si en ángeles pensaba;
en el mar, si pensaba en lo inseguro,
y aquí, en la tierra, si sentía en mi carne
la punzante caricia del deseo.

¡Yo quisiera que atrás volviera el tiempo
y de nuevo gozar las inefables
dichas que ya se fueron para siempre! . . .
¡Y tú también! . . . En este mismo instante,
si ser pudiera, lo dirían tus ojos
con el mismo fulgor que tú les dabas,
cuando con ellos en lenguaje mudo
me decías: te amo, te amo tanto,
que sin ti no quisiera la existencia
y contigo de sobra encuentro el cielo.

¡Qué felices los dos! La vida era
para nosotros plácida sonrisa,
primavera constante; dichas sólo
miraban nuestros ojos, y la mente,

de generosos pensamientos llena,
ni aun soñaba llegar pudiera un día
en que fueran tal vez obscurecidos
por otros pensamientos engendrados
en el cálculo vil del egoismo;
aun ante nuestros ojos la esperanza
presentaba rosado el horizonte
limpio de nubes, que anunciar pudieran
la borrascosa tempestad; no herían
aún la traición, la pena, el desengaño
con sus dardos agudos nuestras almas.

¡Tiempo feliz aquel! Yo lo recuerdo
con pena y con placer á la vez misma:
con pena, por pasado, por distante;
con placer, porque el alma me enajena
de modo tal, que pienso muchas veces,
aun convencido de que ser no puede,
si por querer de dioses y de hadas
volverán á ser alma de mi vida
esos días pasados de ventura,
en que era el tiempo para amarte escaso
y en que el dolor ni á presumir se empieza.

Aun me parece, como entonces, verte
más bella que el nacer de la mañana,
en tus labios de grana la sonrisa
vagando sin cesar, como reflejo
de tu felicidad tranquila y pura;

miro aún tus ojos grandes y rasgados,
pardos y arrobadores, denunciando
con su claro esplendor toda la vida,
todo el amor vibrante de tu alma,
tan candorosa y de entusiasmos llena;
aquel moverte cadencioso y grave,
cual si á compás de mágica armonía,
que en tu oído sonara solamente,
tu cuerpo tentador obedeciera
miro también. . . y como el sol dorado,
el ambiente llenando con su aroma,
veo tu cabello á la merced del viento
libremente ondular. . . y desceñido
miro aun tu manto, que la brisa suave
pliega y despliega con sus lentos giros,
marcando fiel las atrayentes curvas
de tu cuerpo gentil, que Venus misma
para el suyo tan bello deseara.

Aún viendo estoy con ansiedad de avaro,
por este encanto que tu imagen crea,
mal encubiertos tus redondos hombros
y parte de tu seno alabastrino;
aún entre nimbos irisados veo
tu cabeza genial, tu noble frente,
más bien que pensativa, soñadora,
de hermosa como nadie imaginara,
y tu rostro tan dulce y melancólico,
imán de todo sér que lo contemple

y espejo del candor de tus ensueños;
miro aún tu cuello, como nieve blanco,
flexible y delicado, cual de cisne,
que á verlo Leda lo estrechara amante
recordando sus horas de locura...
y de él pendiendo una reliquia santa,
una pequeña cruz, dulce memoria
del comulgar primero de tu vida.

Aún parece que oprimo entre mis manos
las blancas tuyas, suaves, temblorosas,
hechas para caricias. . . ; aún mi frente
parece descansar sobre tu falda;
aún tus ojos, tus ojos tan hermosos,
el placer irradiando, como nunca,
húmedos y entornados, en los míos
que fijan su mirada me parece
dulce y embriagadora; de tu seno
aún el tibio calor notan mis sienes
y escucho su latir de ansia y vehemencia
que un mundo de delicias me ofrecía;
aún parece que aspiro el ardoroso,
el perfumado aliento de tu boca
con la misma fruición, igual deleite
de aquel entonces, verdadero idilio
de arrobamiento y de ventura tanta,
que en fuego hacía convertir mi sangre
y que mi sér esclavizó del todo.

Mis labios aún parece que se posan

sobre la cruz pendiente de tu cuello,
y de respeto un ósculo la imprimen
de los tuyos en pos; después... ¿recuerdas?,
con espontáneo y anheloso instinto,
como en prueba de amor inacabable,
como pacto que nada rompería,
en beso apasionado se encontraron
tus labios y los míos...

Desde entonces
en una se fundieron nuestras almas
y nació aquel amor sin que una frase
pronunciaran siquiera nuestros labios.



Con motivo de los terremotos
de Messina





IGUALDAD POR DOLOR

¡Qué triste amanecer! Del sol los rayos,
¡cuán macilentos á la tierra bañan! . . .
Para alumbrar cadáveres y ruinas,
las luces sólo sepulcrales bastan.

¡Cuántas dichas de pronto fenecidas! . . .
¡Cuánta alegre ilusión, qué de esperanzas
del calor de la vida en un instante
pasaron á los antros de la nada! . . .

Misera humanidad, te juzgas fuerte
y eres más débil que la débil caña,
que abate y rompe en su girar el viento
y que en su vuelo cual juguete arrastra!

Que en la región latina de los Césares,
en la región latina de los Papas,
trepida atronador, se agrieta y hunde
el escenario de la vida humana.

Valles frondosos, murmurantes ríos,
villas, ciudades, mares y montañas,
todo en macabro movimiento oscila,
que al fin las simas insondables tragan.

Ruinas, abismos, soledad y muerte
quedan ya sólo en la región messiana;
la que antes fuera de belleza emporio,
hoy es de escombros mísera comarca.

Pasmo y horror se adueñan de los seres
de todos los lugares de la Italia;
no hay quien no vea en su terror abrirse
una inmensa voráGINE á sus plantas.

Por todas partes el espanto cunde,
á todo el mundo se le abate el alma,
y soberbios y humildes se prosternan
y á los cielos elevan sus miradas.

Que en las grandes tragedias de la vida,
en que todo parece que se acaba,
es la igualdad la diosa que se impone
como diosa de penas y desgracia.

Sólo entonces de ese hada misteriosa,
en todas las edades evocada,
el hombre sigue la flotante enseña
que en la ventura ni en mirar soñara.

¿Sólo entonces? . . . ¡Oh, no! Llegará un día
en que se borren las sociales marcas:
cuando del Cristo, los humanos todos
practiquen con amor la gran plegaria.

Entonces, sí; entonces de esa diosa
la faz veremos candorosa y blanca,
y su voz no dirá, cual hoy nos dice,
sólo á los hombres el dolor iguala.



Las almas de los dos



LAS ALMAS DE LOS DOS

¿Quién el primero fué. . . , ya no me acuerdo,
que el silencio rompió
cuando hablamos de amor la vez primera?

— ¿El primero? . . . Los dos:
unida de tal modo á la pregunta
la respuesta siguió,
que siendo dos nosotros, dos las voces,
sólo una se escuchó.

— Así debió de ser, que tiempo hacía
hablaban ya de amor
nuestros ojos, en ellos asomando
las almas de los dos.

Y el primero, ¿quién fué que, apasionado,
como un loco besó
en los labios del otro? . . . ¿No recuerdas?

— ¿El primero? . . . Los dos:
estábamos tan cerca uno del otro,
quedo, hablando de amor,
que siendo dos nosotros, dos los besos,
uno sólo se oyó.

— Así debió de ser, que á la vez misma,
trémulos de pasión,
de los ojos bajaron á los labios
las almas de los dos.

Y el primero, ¿quién fué que entre sus brazos
uno al otro estrechó,
anhelante de dicha inacabable?

— ¿El primero? . . . Los dos:
tan unidos quedamos por el beso
primero aquel de amor,
que dos abrazos siendo y dos nosotros,
sólo uno resultó.

— Así debió de ser, que ya querían,
ansiaban con fruición,
bajar á nuestros senos de los labios
las almas de los dos.

Y el primero, ¿quién fué que dió al olvido
prueba tanta de amor? . . .

¿No lo recuerdas, di? — Sí, lo recuerdo:
el primero, tú. — ¡Yo!

— ¡Fuimos tan lejos, ¡ay!, en poco tiempo,
que te cansó mi amor
y de mí te alejaste, indiferente
á mi grande dolor!

— Así debió de ser, que iba llegando
á los pies nuestro amor,
y no era cosa que á los pies bajaran
las almas de los dos.

Yo quisiera...



YO QUISIERA...



Yo quisiera que España pensara
con juicio sereno,
y olvidara el vivir de ficciones
en que muere desde hace ya tiempo;
yo quisiera que fuera mi patria
la patria modelo,
cuyas leyes sencillas y claras
inspiraran amor y respeto.

Yo quisiera en los hombres que formen
cualquiera Gobierno,
ver lucir la verdad y vivirla
para darnos á todos ejemplo;
yo quisiera que fueran de modo
nuestros Parlamentos
que atendieran tan sólo al lenguaje
que brotara de labios sinceros.

Yo quisiera que un mito no fueran
deber y derecho;
que lo justo su manto ostentara
sin brillares de un falso aderezo;
que la urdimbre que teja la astucia
para obscurecerlo,
se deshaga al igual que la nieve
al caer sobre el húmedo suelo.

Yo quisiera que en todos los actos
de humanos empleos,
haya más de ejemplar sacerdocio
y algo menos de industria y comercio;
que no baste decir soy cristiano,
y en obras no serlo,
y que sobren las frases hermosas
si con ellas no vienen los hechos.

Yo quisiera que cuando comience
del niño el cerebro
por saber á sentir impaciencias,
á pensar en la tierra y el cielo,
no lo llene con vagas ideas,
quimeras y sueños,
que más tarde su sér esclavicen
y amarguren por siempre su pecho.

Que á la edad de la lucha camine
con ánimo entero,
con noción de justicia en el alma,
con semilla de amor en el seno;
y que libre prosiga la ruta
que imponga el progreso,
sin turbarle el bullir de la vida
ni agobiarle el callar de lo muerto.

Yo quisiera que en ser ciudadanos
formaran empeño
cuantos quieran hacer de esta España
la nación ejemplar que deseo;
que no sólo depende de arriba,
de nuestros Gobiernos,
el estado de paz y cultura
á que debe aspirar todo pueblo.

¿No es posible, tal vez, cuanto digo?
¿Quizás es un sueño
pretender el completo abandono
de lo fútil, lo vano y pequeño?
No es un sueño si España medita,
si quiere un progreso
sin espasmos que puedan truncarle
ni falacias que lo hagan protervo.

Epicúrea





EPICÚREA

Por más que lo sienta, lo que es de poeta
me queda muy poco; ya nada, quizá;
los años han hecho muy vieja mi lira;
sus débiles cuerdas no pueden vibrar.

La musa que ha tiempo mi mente inspiraba
se fué de mi lado, no más me alentó;
sus gráciles formas no ven ya mis ojos,
ni llega á mi oído su rítmica voz.

Con lira tan vieja de cuerdas sin notas,
sin musa que bese mi frente senil,
con mente en desmayos continuos cayendo,
cantar de poeta no puede surgir.

Así que voy solo, muy solo en silencio
y el alma muy triste por este abrojal,
al que me ha traído cruel ironía,
la misma ironía que de él me echará.

Natura. . . Sus leyes así lo han querido;
las grandes esfinges de la creación,
que siempre impasibles no miran del hombre
ni dichas, ni penas, ni enconos, ni amor.

Mi paso entorpece cadena invisible;
me agobia, me aturde su eterno sonar;
á sima insondable se encuentra sujeta,
y á ella me arrastra. . . ; ¡qué gran libertad!

Mis ansias dormidas, ni leve protesta
en su vencimiento ya quieren hacer;
estéril la juzgan, pues nada hay que cambie
la ley fatalista de nuestro nacer.

Inclínate, humano; prostérnate y ora;
al sér dale gracias que aquí te lanzó;
en tu cautiverio, ni quejas exhales;
harás si te quejas tu pena mayor.

Esconde tu angustia, que nadie la note,
por gesto y palabras te juzguen feliz;
juglar te conozcan, no un necio agorero
que en algo macabro convierta un festín.

El globo recorre de un polo á otro polo;
las tierras en sombra las llenas de luz,
las cimas nevadas, los valles frondosos,
los mares de espuma, los lagos de azur.

No dejes recuerdos en parte ninguna;
cual raya en el agua que sea tu vivir;
tampoco los guardes; el más agradable,
sabor de amargura descubre por fin.

Tus risas no cesen doquiera que vayas;
de Momo recuerden el gran festival. . .
y bebe en la copa de Venus-Bacante
y bebe en la copa de Venus-Vestal.

Tu marcha prosigue; tus cantos resuenen;
á amor satisfecho suceda otro amor;
su hermoso ropaje natura renueva;
á flor agostada, suceda otra flor.

Así, cuando llegues al antro profundo
al que tu cadena te arrastre por fin,
cansado tu cuerpo, tu mente adormida,
no harán ni protesta del mundo al salir.



Varias





YA SÉ YO. . .

Ya sé yo que olvidarme pretendes,
que me odias ya veo;
que hasta pides á Dios por que haga
de mi vida una vida de infierno;
ya sé yo que tú quieres que muera
de modo muy lento,
y que vuelva otra vez á la vida,
y á morir otra vez y otras ciento.

Ya sé yo que tus ojos se apartan
de mí con despego,
cual si nunca me hubieran mirado,
cual si nunca me viera yo en ellos;
ya sé yo que tus labios me niegan
palabras y besos,
y que pasas erguida y altiva
ante mí con soberbio desprecio.

Ya sé yo que también tus amores
tendrán otro dueño,
olvidando sintieron mis sienas
veces mil el latir de tu seno;
ya sé yo que, cual hoja de otoño
que arrastran los vientos,
sin tu amor iré errante y perdido,
con el pecho y el alma deshechos.

Es posible se cumplan tus ansias;
que pronto ese sueño,
del que nadie jamás se despierta,
deje inerte por siempre mi cuerpo;
ya sé yo que tendrás alegría
muy grande al saberlo,
y tal vez aun visites el sitio
que me cubra de sombra y misterio.

Es posible que entonces, gozosa,
mirando aquel suelo,
tú lo pises, creyendo en tus iras
el que pisas aún vivo mi pecho;
mas no importa, mujer; entretanto
un alma, sin cuerpo,
te estará, como siempre, mirando;
con amor te estará bendiciendo.

SIN RUMBO



Voy errante, sin norte y sin guía,
como pluma que el viento voltea,
como nave perdida que empujan
á su antojo las olas del mar.

Soy cual nube que densa aparece
anunciando fragor de tormenta,
y que al fin se deshace y no llega
la anunciada tormenta á estallar.

Soy cual ave que errática vuela
y volver ya no acierta á su nido,
é incesante en sus giros prosigue
y á su nido no llega jamás.

Soy cual nota que de ecos carece,
cual surgida de un antro vacío
que no hiriendo las ondas sonoras
nunca puede llegarse á escuchar.

Como piedra soy yo que al abismo,
desprendida de agreste montaña,
va rodando por ruda pendiente
sin que llegue al abismo jamás.

Peregrino constante parezco;
nunca llego al altar que imagino,
porque en unos y en otros altares
siempre encuentro ficción nada más.



MAL DE MUCHOS



Tengo esclavo el pensamiento,
mi memoria esclava está,
y, para más desventura,
esclava mi voluntad.

Pensando estoy de continuo
lo que no quiero pensar,
y á cada instante recuerdo
lo que quisiera olvidar.

Quiero lo que no quisiera
que sucediera jamás,
y quiero juzgar mentira
lo que es una realidad.

Afirmo y me contradigo,
y luego vuelvo á afirmar;
cuando razonar preciso,
más me empeño en divagar.

Arrojo de mí la duda
y á mí se vuelve tenaz. . .
en fin, que estoy como nave
sin rumbo sobre la mar.

Pero un consuelo me queda,
si tal lo puedo llamar:
que eso que á mí me sucede
le sucede á muchos más.

Por eso es cierto el adagio
que dice: «consuelo habrás,
si lo que te desespera
desespera á los demás».



AMOR LOCO



Ya sé yo cómo siente tu alma,
ya pude saberlo;
ya conozco el mirar de tus ojos,
que inocente juzgué en otro tiempo;
ya sé yo que tu frente, tan bella,
es otra por dentro,
y que tus pensamientos no tienen
la pureza que ostentas en ellos.

Ya sé yo que tu cuerpo es muy blanco,
turgente tu seno,
y que en él las virtudes no anidan,
que lo abrasan ardientes deseos;
ya sé yo que tu mente se exalta
pensando en el hecho
del placer que apuraras si un día
te oprimiera un audaz á su pecho.

Mas no importa, mujer, que así seas,
que alientes en cieno;
yo te adoro así y todo, aunque encuentre
en tu amor un amor del infierno;
quiero ser ese audaz que te estreche,
que oprima tu seno;
ese audaz que en tus ansias invocas
y á quien besas frenética en sueños.



CONTRASTES

Que me quieres has dicho; no es posible,
te engaña el corazón;
tú estás en los albores de la vida,
y en el ocaso yo.

En tu hermoso semblante, la alegría
se ostenta sin cesar;
y en el mío, marchito y melancólico,
hay sombras nada más.

En tus labios de grana, la sonrisa
se deja siempre ver,
y á tu mente esperanzas é ilusiones
acuden en tropel.

Perenne una sonrisa hay en los míos,
no la puedo borrar. . .
tal vez porque he creído demasiado,
de escéptico será.

Ya á mi mente no acuden ilusiones. . .
ese tiempo pasó;
de ir borrando las muchas que he forjado
no sé quién se encargó.

Eres tú cual lozana primavera,
yo otoño vengo á ser. . .
¡Qué distancia entre ambos! — Hay contrastes
que juntos no están bien.

Prosigue tu camino: dichas, goces,
si dichas hay aquí;
como á mi vez yo sigo por el mío,
con mi triste reir.

¡Que me quieres has dicho!... Aunque lo jures,
jamás lo he de creer. . .
Crepúsculo eres tú de la mañana;
yo del anochecer.



DE MUERTO Á VIVO



Te envió mi retrato. ¡Qué semblante!
¡Cuán inmóvil está; parece muerto! . .
En sus labios no asoma la sonrisa,
ni hay en sus ojos el menor destello.

Mírale con pasión. Verás entonces
cuál se anima ese busto por completo,
y más si lo acercaras á tus labios
y le dieras calor entre tu seno.

Mas sólo es ante ti; sólo ese busto
puede adquirir la vida y el deseo,
si es que lo miran con pasión tus ojos,
si es que lo cubres con amantes besos.



ENVÍO



Esas flores que envidio y que beso,
pues van junto á ti,
presidieron patriótica fiesta,
en sí llevan de amor ecos mil;
cuando quieras saber de tu amado,
que hoy va para el Riff,
á esas flores marchitas pregunta,
que esas flores te lo han de decir.

Que tu llanto amoroso las riegue,
que encuentren calor
en tu seno de virgen doliente
y en tus labios, que son otra flor,
y ¿quién sabe?... Tal vez cese pronto
del hado el rigor,
y en azahar esas flores se vuelvan
por encanto y poder de tu amor.

Á ORFELINA



Que hay algo en tu pensamiento
que te da mucho contento,
no me lo puedes negar;
mujer bella y tan callada,
ó es que se halla enamorada
ó que se va á enamorar.

Muchas cosas te dijera
sobre la cuestión primera
que tendrían mucho que oír;
pero no soy indiscreto,
no temas por tu secreto,
no lo voy á descubrir.

Que ha de llegar el instante,
y creo no esté distante,
que el silencio has de romper;
cuando sientas que en tu seno
ya no cabe tanto bueno
como hoy tratas de esconder.

Ya lo verás, Orfelina,
cómo eso que te fascina
y pretendes ocultar,
cómo tú, por varios modos,
lo vas á decir á todos
sin poderlo remediar.

No te pongas colorada,
todo eso no vale nada;
es preciso y natural
que inflame el amor tu seno,
que ni el amor es veneno
ni eres tú de pedernal.



Á MARÍA

Por algo te hizo Dios de esa manera,
tan hermosa y gentil, tan hechicera.
Y digo te hizo Dios, porque es sabido
que á todo el que ha nacido
con grados, pero muchos, de hermosura,
como naciste tú, desde el buen cura,
que á tan bello mortal diera el bautismo,
hasta el padrino mismo
y todos cuantos vieran
el sér á quien aludo, no dijeran
con alma y corazón y á voz en grito,
que era el vástago ése un angelito
si cabe aún más hermoso,
que del cielo bajaba presuroso
para hacer de un hogar, pues Dios lo quiso,
un idilio, un edén, un paraíso.

Y se comprende bien; siendo tan bello,
hay que decir que Dios quiso un destello
de su gloria lanzar hacia la tierra
por más iluminar cuanto ésta encierra,

y darnos á entender á los humanos
que sólo de sus manos
puede surgir belleza semejante
cual la tuya, que miro en todo instante,
estés ó no presente;
pues con verte una vez, en toda mente,
aunque esté por su mal algo turbada,
te quedas tan grabada, tan grabada,
que te quedas en ella eternamente.



NO PASÓ NADA



Camino van del monte,
con sus rebaños,
dos alegres pastores
de pocos años;
de él, en lo alto,
dos pastoras estaban
de mucho garbo.

Son ellas muy hermosas,
con ojos tales,
que parece que en ellos
tienen imanes;
¡cómo electrizan!
No hay mortal que los mire,
que se resista.

Por detrás, por delante,
por todos lados,
con atrayentes curvas

se hallan formados
esos dos cuerpos
capaces de. . . más vale
guardar silencio.

Era la tarde hermosa,
parda, de Mayo;
nadie pensara entonces
brillara el rayo,
ni el ronco trueno
los espacios llenara
con sus estruendos.

Pero, en fin, es el hecho
que á poco rato
de estar ya los pastores
cerca del alto,
la lluvia empieza
á caer; pero ¡cómo!,
con más que fuerza.

El relámpago brilla,
se escucha el trueno;
parece que hasta el diablo
dejó el infierno;
el viento ruje,
y el horizonte negro
con tanta nube.

Las hermosas pastoras,
llenas de miedo,
al escape se meten
en un granero. . . ;
y los pastores
quedaron á la puerta. . .
de guardadores.

Estaban ellas, claro,
reza que reza
por que se terminara
la atroz tormenta. . . ;
ellos, ¡pazguatos!,
á la puerta adheridos
como dos clavos.

Mientras ellas estaban
de espanto absortas
y ellos allí, en la puerta,
como dos momias,
¡ay!, obscurece. . . ,
y las nubes, cual antes,
llueve que llueve.

Mas cesó la tormenta:
todos se fueron
por los sitios mismitos
por do vinieron;

¡cosa más rara,
solos allí los cuatro,
sin pasar nada!

En el siguiente día,
por todo el pueblo
se comentaba mucho
el tal suceso;
todos decían
que aquellos dos pastores
bobos serían.



¿Recuerdas?





¿RECUERDAS?

En un viejo manuscrito,
de hojas muy amarillentas,
de Alfonso Guanes de Odollo,
conoci la historia y quejas
que dirigiera á su amada,
Berta Andrade de Altasierra,
la dama más linajuda
y más bella de Cabrera (1),
allá por el siglo quince
de nuestra cristiana Era.

I

Edad de los sueños de oro,
de la vida primavera,
en la que si el llanto corre
jamás las mejillas quema.

Hoy, al recordarte, siento
placer y á un tiempo tristeza:
tristeza, porque te fuiste;
placer, porque aún me enajenas.

Que aunque estás de mí tan lejos,
hoy te miro de manera,
que parece, edad hermosa,
que de mí te encuentras cerca.

(1) Comarca de la provincia de León.

Y estás distante, distante
como el cielo de la tierra;
como está de la malicia
la encantadora inocencia.

Tal vez como yo recuerdes
esa edad tan pura y bella
en que fué nuestra existencia
verdadero idilio, Berta.

Que aunque dichas y ventura
por todos lados te cercan. . .
no se olvidan fácilmente
las emociones primeras.

II

Aun eras como una niña;
yo también como tú era,
y ya sentíamos ambos
amor en las almas nuestras.

Yo te buscaba y te huía,
y tú á mí; ¿no lo recuerdas?
Ambos ignorando entonces
que el amor así comienza.

Un día me hallaba solo;
de mí pasaste muy cerca,
y sin poder contenerme
pronuncié tu nombre, Berta.

Y tú, al escuchar mi voz,
que era de amor mensajera,
también pronunciaste el mío
con voz apagada y lenta.

Lo que por ambos pasó
sin duda cual yo recuerdas;
parecía que la sangre
saltaba de nuestras venas.

Y largo rato estuvieron
unidas las manos nuestras
y supliendo nuestros ojos
el callar de nuestras lenguas.

III

Era la guerra precisa
y sonó el clarín de guerra,
y con alma y corazón
todo español marchó á ella.

Y aunque corazón y alma
no ya míos, tuyos eran,
también en ellos vibró
el ronco clarín de guerra.

Y adiós á decirte fui
al pie de la reja aquella,
muralla para caricias,
testigo de tus promesas.

Tras ella, tú, desolada,
pero, como siempre, bella,
has de volver, me dijiste,
que mi corazón te llevas.

Has de volver, ¡alma mía!,
has de volver á esta tierra,
en donde ya sin consuelo
tu Berta adorada queda.

Sí, volverás, que la Virgen
oirá mis plegarias tiernas,
haciendo que no me olvides,
no permitiendo que mueras.

En mi oído resonaron
tus palabras, de manera
que el llanto asomó á mis ojos
y contestar pude apenas.

Volveré, porque mi alua
presa de la tuya queda. . . ;
besé tus manos, y huímos
uno de otro de vergüenza.

IV

Pasó mucho tiempo, mucho;
de ti más no supe, Berta;
y más que desesperado
busqué la muerte en la guerra.

Inútil fué, pues cejaba
todo al poder de mi diestra,
y no hubo hierro enemigo
que tal servicio me hiciera.

En cambio adquirí renombre,
fama y gloria; que me eran,
sin tu cariño, sarcasmo,
dura y pesada cadena.

Porque, ¿para qué esa gloria?
¿Á qué fama tan excelsa
si por tu amor las obtuve?
Sin él, ¿qué importaban ellas?

El pasar inadvertido
en propia y ajena tierra
era cuanto yo quería,
lo que también hoy quisiera.

Que alabanzas y entusiasmos
para el que muere de pena,
más que notas de alegría
le dan notas de tristeza.

V

Muchas veces te escribí,
siempre callar tu respuesta;
y silencio así tenido
sabe á traición y vileza.

Y á mí llegaron rumores,
de esos que cortan, que hielan,
como si fueran cuchillos
que en el corazón penetran.

Decían que de mi amor
ni te acordabas siquiera;
que otro era el que ya sentías
y te llevaba á la reja.

Que á poco de yo salir
para tan lejanas tierras,
ante ella otro amante había
que escuchaba tus promesas.

Fueron primero rumores,
después realidad completa;
realidad que, para siempre
dejó mi vida desierta.

¡Pobre y necio del que fía,
cual hice yo, para mengua
de mi honor y mi cariño,
en tus palabras de hembra!

¿Qué se hizo de tanto amor?
¿Qué de tus dulces promesas?
La noche en que yo marché,
¿no recuerdas? ¿No recuerdas?

Aún me parece mentira
que tu amor tan falso fuera,
y que en ti valor hallaras
capaz de tanta vileza.

¡Ojalá que, cual sufrí,
á sufrir no llegues, Berta,
y en tu palabra y cariño
tu dueño descanse y crea!

VI

He vuelto, pero no juzgues
que por ti he venido, Berta;
vine porque hambre tenía
de ver mi querida tierra.

De aspirar los aires puros
de sus festonadas sierras,
el aroma de sus campos
y el perfume de sus selvas.

De ver sus frondosos valles
y sus intrincadas breñas
y de escuchar las campanas
de las torres de mi aldea.

De ver sus casitas blancas
y lujuriantes riberas
y sus ríos rugidores
y lo abrupto de sus peñas.

De ver á mi pobre madre,
que tanto esperó mi vuelta,
á la que también heriste
con el arma que me hirieras.

VII

Bien sé que te han enterado
de que al fin llegué á mi tierra;
sé que lloras y maldices
y que temes mi presencia.

Y ¿por qué? Quien valor tuvo
para la traición aquella,
bien poco puede importarle
que yo vaya, ni que venga.

No temas; nunca mal uso
hice yo de mi nobleza;
no voy á llenarla ahora
de lodos y de miserias.

Ya sé que tienes dos hijas,
que son como tú de bellas;
pero, ¡ojalá que no lleguen
á ser como tú en promesas!

Con ellas ibas ayer
pálida como una muerta,
tristes y bajos los ojos,
pero, como siempre, bella.

Nos vimos; sin saber cómo
de ti me encontré muy cerca,
y sin poder contenerme,
pronuncié tu nombre, Berta.

Quise hablar más y no pude;
indignación, ira y pena
hicieron presa en mi alma,
paralizaron mi lengua.

Callaste; mas se notaba
que respirabas apenas,
que se cerraban tus ojos
y humillabas la cabeza.

Tus hijas acaricié
y las besé; aunque creyeras
que para besarte á ti
besaba en los labios de ellas.

Te dije adiós; para siempre
entender debiste, Berta,
que un grito agudo lanzaste
y te desplomaste en tierra.



TRÍPTICO
—
EN EL BARRANCO DEL LOBO

De ultratumba.

I

¡Amantes de la patria combatimos
y alcanzamos del mártir la victoria! . . .
Era preciso continuar la historia
de la noble nación donde nacimos.

¡Del sitio abrupto en que á luchar vinimos
perenne y fiel se guardará memorial! . . .
Él fué la sepulcral y mortuoria
capilla ardiente que á la vez tuvimos.

Cual símbolo de honor y de bravura,
sobre él la enseña de la patria ondea
velando nuestra humilde sepultura.

Que para España y que por siempre sea
riegò de bendición y de ventura
nuestra sangre vertida en la pelea.

De la Patria.

II

Yo que inspiro los épicos cantares
y hago firmes latir los corazones
de los nobles y bravos campeones,
que aún velan por mi honor y mis hogares.

Yo que di nombre, ilustración y lares
á lejanas y múltiples regiones. . .
y que después crucé con mis legiones,
victoriosa, de Europa tierra y mares.

¡Hoy desangrada, sola, empobrecida,
no mi dolor la compasión implora! . . .
Unión pide á los hijos de mi vida

para que de una vez la sangre mora
pague, y con creces, la que fué vertida
en este sitio y en acción traidora.

Del poeta.

III

Valientes hijos de la noble España,
nietos del Cid, el héroe sin ventura;
que, muertos de un barranco en la angostura,
objeto fuisteis de incontable saña.

Amantes proverbiales de la hazaña
más imposible, de mayor locura;
soldados que tenéis por sepultura
esa enorme y granítica montaña.

¡Dormid en paz! ¡Ya el signo de victoria
de ella en la cumbre ensangrentada ondea!
¡Ya vivís en el libro de la Historia!

¡Disteis la vida en trágica pelea! . . .
Tranquilos reposad! ¡Fué por la gloria
de nuestra España, que los héroes crea!





ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Unas palabras	5
Ante el castillo de Poferrada (Nocturno) . .	9
Con motivo de la coronación de la Virgen de la Encina, patrona del Bierzo (Sobria) . .	21
Amor sin palabras.	27
Con motivo de los terremotos de Messina. .	35
Las almas de los dos	41
Yo quisiera...	45
Epicúrea	51
¡Ya sé yo!...	59
Sin rumbo	61
Mal de muchos	63
Amor loco	65
Contrastes	67
De muerto á vivo	69
Envío.	70
Á Orfelina	71
Á María	73
No pasó nada	75
¿Recuerdas?	79
En el Barranco del Lobo.	91

EST-29/07
15 €

Ref. CAT. 29

€ 156



**LIBRERÍA
LA
TRASTIENDA**

Ruiz de Salazar, 16
Tfno.: 987 876 222

Mariano D. Berrueta, 11
Tfno.: 987 215 285

LEÓN

www.latrastienalibros.com
latrastienda@inicia.es

Precio: DOS pesetas.

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994

© 1994